



ISSN: 2215-6879

GS6

Guiños de 1856 - 1857

Don Diego Murillo

Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

Septiembre 2022

Número 4



1856

**Don Diego Murillo**  
Carla Orozco Canossa

*A la memoria de mi amiga Luz María Campos.*

Don Diego Murillo yacía moribundo en el piso del corredor de una casona. Solo tenía bajo su cuerpo herido un poco de paja como colchón y una sábana ensangrentada. Estaba así desde hacía varios días, cada vez más débil. A su alrededor había muchos otros hombres, algunos heridos y otros enfermos de cólera. Sintió que le apretaban la mano y oyó una voz firme pero cariñosa que le decía,

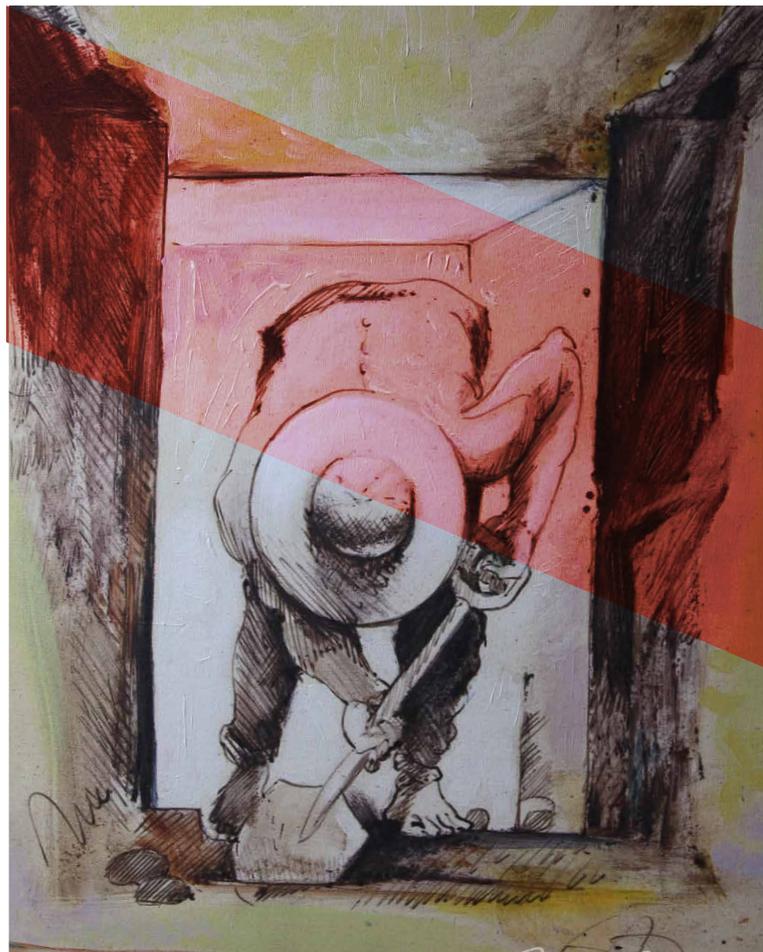
—Tata, aguante, ya mismo el ejército se irá de aquí. Ya pronto estaremos en casa. Yo con mi esposa y usted con Mama y mis hermanos. Acuérdesese, ya seguro que nació mi hijo. Seguro que se parece a usted—. Pero no tuvo fuerzas para abrir los ojos, menos para hablar.

Don Diego imaginó a su hijo Juan. Igual que él con su propio padre, habían cultivado la tierra y cuidado el ganado, uno junto al otro desde que era muy pequeño. El muchacho era sano y trabajador, no muy alto, de cabello oscuro y nariz perfilada. No se parecía a él, sino a su mujer. Se le escapó una lágrima al recordarla. Se había criado muy cerca de María Rosa Alpizar. Las fincas de sus padres eran colindantes y de pequeños jugaban con los demás hermanos y primos por aquellas tierras de El Coyol de Alajuela. Se iban a bañar en las quebradas, o apeaban frutas en los cafetales que hacía poco se habían ido sembrando, o cazaban ardillas y viuditas en los montes. ¡Nunca olvidaban la vez que se tropezaron con un zorri- llo hediondo y quedaron bañados en su hediondez!

Conforme crecieron, ella y él se vieron menos. Él tenía mucho trabajo en la finca, pero no le importaba. Era fuerte, y una parte de esta sería para él algún día. María Rosa se mantenía en su casa, siempre ayudando en los quehaceres. Era una joven muy linda, bajita, algo llenita, con dos largas trenzas, y ojos brillantes. Todos los muchachos la querían para ellos, pero ella no le hacía caso a ninguno. Solo la veía a veces, en alguna que otra gran celebración. A estas fiestas ella iba con su blusa almidonada y una flor en su cabello.

Cuando ambos llegaron a la edad casadera, sus familias, amigas desde tiempo inmemorial, estuvieron de acuerdo en que no habría mejor enlace que el de Diego y María Rosa. ¡Qué orgulloso estaba él, qué contenta estaba ella!

El día que se casaron, familiares y amigos los acompañaron alegres. Hubo una gran fiesta en la casa de ella. No faltaron ni el guaro y ni la mistela, y la comida fue abundante: sopa de gallina con verduras, lechón, solomillo relleno, picadillo de papas, torta de novios, y para el deleite de los niños, sobran las roscas y dulces. Hubo música, cantos y bailes, bromas y discursos. Por la noche, cansados, entraron por fin a la que en adelante sería su casa, su hogar.



María Rosa resultó ser todo lo que él deseaba, alegre, discreta, cariñosa, hacendosa, en fin, una buena madre y una buena esposa. Le había dado varios hijos, algunos ya eran angelitos que los cuidaban desde el cielo. Los otros crecían sanos, laboriosos y despiertos. Juan ya se había casado y estaba a punto de ser padre. No todos los matrimonios tenían la suerte de ellos; según sus cálculos, María Rosa y él eran los únicos en la vecindad que tenían tantos años de casados, ya más de veinte. La vida era dura, aún para aquellos que tenían tierras. La muerte siempre andaba rondando e igual se llevaba un chiquito que un viejo... Recordó entonces otras etapas de su vida mientras sentía el consuelo de la presencia de su hijo.

Había nacido en El Coyol, igual que todos sus antepasados, hasta donde podía saber.

Sus vecinos siempre habían sido los mismos; la agricultura era la misma también: caña, frijoles, maíz, chile dulce, yuca, pastos, algunas reses, algunos caballos, un par de chanchos para navidad y unas cuantas gallinas.

Fuera de El Coyol, algunas cosas, que no siempre comprendía muy bien, habían cambiado y parecían ser muy importantes. Sin embargo, creía que correspondían principalmente a los señorones de las ciudades, y no veía claramente cómo afectaban la vida de los campesinos. Cuando él nació, los españoles mandaban en Costa Rica. Hacia sus 11 años, en cuestión de días, las ciudades principales se independizaron y formaron una unión con las demás provincias de Centro América. Cartago y San José habían estado en guerra y ahora la capital era la segunda.



Unos años más tarde, el cultivo del café comenzó a cubrir las tierras más fértiles de la región. Incluso él tenía un par de manzanas sembradas con ese fruto. Después, Costa Rica formó lo que llamaban una república.

Había observado que, a pesar de tantos cambios, las cosas no siempre iban bien. Una mañana llegó un grupo grande de hombres armados frente a su finca. Eran extranjeros por su forma de hablar; a él y a varios otros les exigieron alimentos y bebida con la intimidación de sus fusiles. En El Coyol había habido gran excitación con su llegada. Tenían noticias de que había salido de San José una columna del ejército para interceptar y enfrentar a esos invasores y que se dirigía precisamente hacia ellos. Temían que pudiese suceder lo peor. Por suerte, no pasó nada por ahí, pues al encontrarse ambos grupos pactaron entre ellos y siguieron a San José. Todos los vecinos respiraron con alivio. Luego de unos meses supo que había habido enfrentamientos armados contra los invasores y que los líderes habían sido fusilados, incluso el tal Morazán, el que le había hablado de tan mala manera. Se alegró de ello, no le gustaba esa idea de los invasores.



Pero la tranquilidad no parece durar mucho para el hombre sencillo. Era 1856. Desde hacía meses habían llegado rumores de invasores en Nicaragua. Estos venían de Estados Unidos, ese país que se había comido parte de otro. Decían que venían a esclavizar a la población. Don Diego sabía lo que era la esclavitud. Aunque ya no existía en Costa Rica, y él nunca había conocido a nadie que hubiera sido esclavo, ni a nadie que los hubiera tenido, había oído algunas historias al respecto, no menos importante la que contaban los curas sobre el faraón de Egipto que había esclavizado al pueblo de Tatic Dios. Era algo que no le parecía bien.

A principios de marzo don Faustino Delgado reunió a varios de sus vecinos. Venía alarmado de Alajuela, de lo único que se hablaba en la ciudad era de una proclama del presidente Mora y de una próxima guerra

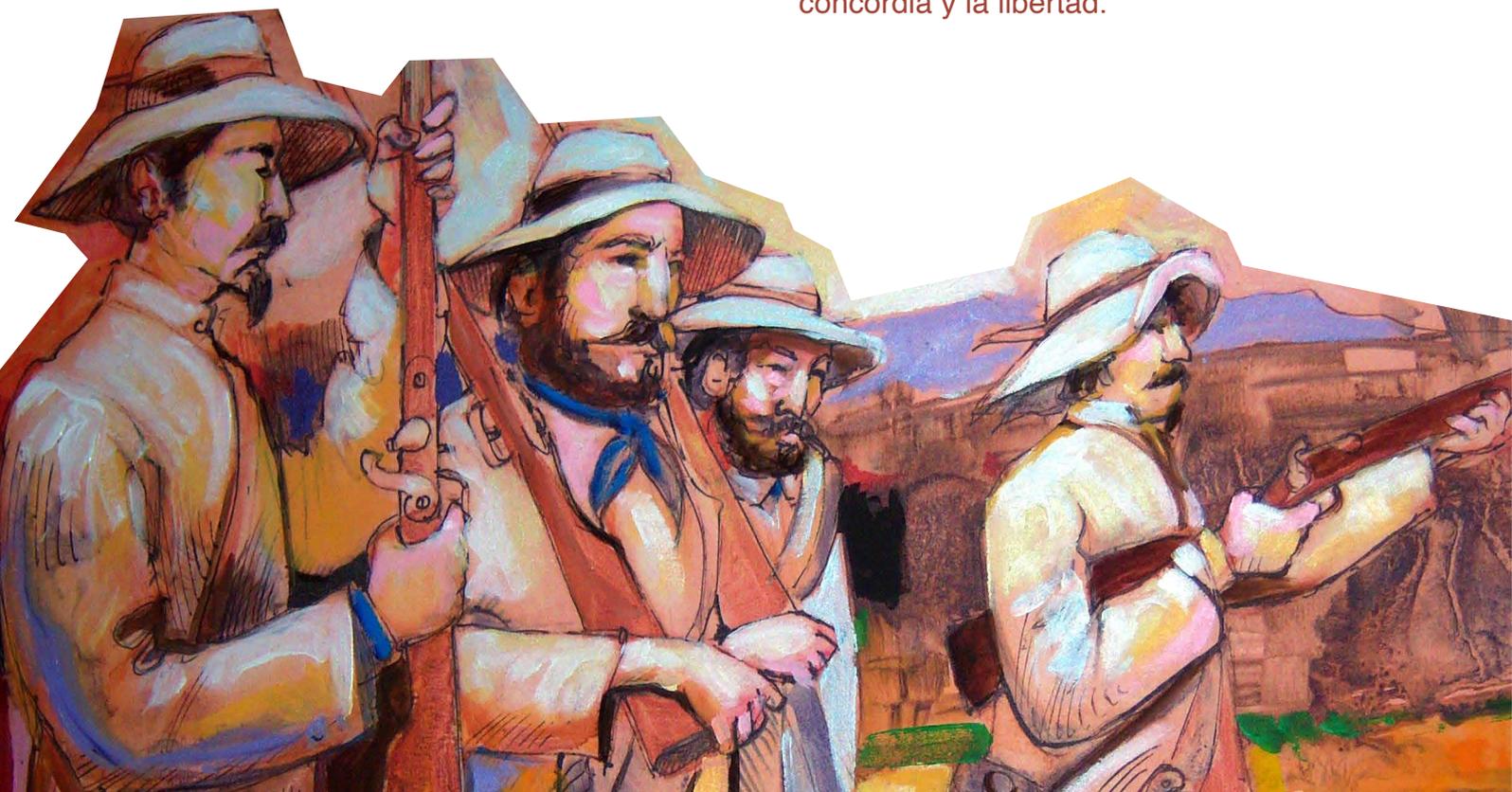
Se había aprendido de memoria varias partes de la proclama para transmitírselas a los pobladores de El Coyol y decidir qué hacer. Don Diego recordaba bien aquellas palabras, era por ellas que se había enlistado en el ejército.

¡A las armas! Marchemos a Nicaragua a destruir esos invasores que la han reducido a la esclavitud.

Su causa es nuestra causa. Los que hoy los desprecian, roban y asesinan, nos desafían audazmente e intentan arrojar sobre nosotros las mismas ensangrentadas cadenas.

A la lid, costarricenses. Yo marcho al frente del ejército nacional. Sus madres, esposas, hermanos e hijos los animan. Sus patrióticas virtudes nos harán invencibles. Combatiremos por nuestra patria idolatrada.

Nuestra causa es santa, el triunfo es seguro. Dios nos dará la victoria y con ella la paz, la concordia y la libertad.



¿Qué hacer? Había regresado a su casa pensativo. Le contó todo aquello a su mujer. ¿Qué hacer? No deseaba ese futuro para sus hijos y nietos. Lo mejor sería enlistarse. Juan quiso hacerlo también. ¡Este Juan, era igualito a él!

Pocos días después la columna del ejército que les correspondió salió para Nicaragua. Algunos hombres iban a caballo, la mayoría iba a pie, casi todos iban descalzos. Estaban animados, y discutían cómo volverían cubiertos de gloria..., pero en su interior, cada uno se preguntaba cuál sería su destino final.

El camino al norte fue largo y cansado y finalmente llegaron a Rivas. De camino oyeron historias del enfrentamiento ocurrido en la hacienda Santa Rosa, que había sido corto y que Costa Rica obtuvo la victoria. —Ojalá sea siempre así— pensó don Diego.

Pero Rivas no fue así. Estaba cada vez más débil, no recordaba bien lo sucedido. El olor de pólvora y sangre no se apartaban de él. Lo habían herido en uno de los intentos por rescatar el único cañón que Costa Rica tenía en la ciudad. No tenía claro lo que había pasado después.

—Despierte, Tata, despierte—. Apenas lograba oír a su hijo, pero sentía el firme apretón de su mano. — Pronto volveremos a casa, ya están alistando todo. Pronto abrazará a Mama y a todos los chiquilines. ¡No se rinda! A los heridos y enfermos se los llevarán en barco. ¡Tata, Tata!, ¡despierte...! — Don Diego ya no lo oía, sintió el abrazo cálido de su María Rosa, oyó las risas de sus hijos pequeños, trotó por el campo en su caballo con el perro corriendo fiel a su lado, oyó el mugir del ganado que los arrieros llevaban a Alajuela por aquel camino amplio, sombreado por altos árboles, que era El Coyol... Sintió que su alma se liberaba del cuerpo y, al exhalar, apenas pudo decir adiós a todo aquello.

## Notas

**Los hechos históricos y los lugares son verídicos, don Diego, familia y amigos son ficticios. La Segunda Proclama del Presidente Juan Rafael Mora Porras fue adaptada a lo que alguien podría recordar después de haberla escuchado de terceros.**

# IMÁGENES

● Carlos Aguilar Durán (2006). Alegoría a la Campaña Nacional 1856-1857.